



El equipaje del cronista radiofónico

*María del Pilar Martínez-Costa**
*y Susana Herrera Damas***

Resumen

La crónica es un modelo de representación de la realidad en la cual un periodista, en calidad de testigo, narra y describe un suceso desde una perspectiva individual y contextualizadora. El presente artículo pretende sistematizar las diferentes cualidades que debería reunir el profesional a la hora de elaborar crónicas para radio. Se trata de una tarea compleja, sobre todo si se tiene en cuenta que la crónica es un género que ofrece a su autor cierto margen para su libertad expresiva. Por eso, tal vez más que presentar una relación extensa de las diferentes exigencias profesionales, lo que convenga apuntar sea un equipaje mínimo que debería acompañar siempre al cronista. Y este equipaje es el que se describe en este artículo.

Palabras clave: Crónica, radio, cronista, cualidades profesionales.

Recibido: 27/09/06 • Aceptado: 04 /12/06

* Directora del Departamento de Proyectos Periodísticos en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, España. Doctora en Comunicación.

Correo electrónico: marcosta@unav.es

** Docente e investigadora en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Piura, Perú. Doctora en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Navarra.

Correo electrónico: sherrera@udep.edu.pe

The Radio Chronicler Luggage

Abstract

In the chronicle, a model of reality representation, a journalist, as a witness, narrates and describes an event from an individual and interpretative perspective. The present paper tries to systematize the different elements the professional should consider when elaborating radio chronicles. This is a quite complex task, being the chronicle a genre that offers margin to expressive freedom. For this reason, here is described a minimal baggage that should always accompany the chronicler rather than presenting an extensive account of different professional requirements. This baggage is understood as a compound of attitudes and professional habits to be translated into journalistic routines.

Key words: Chronicle, radio, chronicler, professional requirements.

Introducción

La importancia de los géneros para la enseñanza y la práctica periodística ha sido subrayada en los últimos años, coincidiendo con la consolidación misma de la profesión. Así se desprende cuando se afirma que la desaparición de los géneros “significaría la desaparición misma de la profesión periodística y el ocaso del periodismo como actividad humana” (Martínez Albertos, 1998: 77). En este sentido, los géneros cumplen funciones muy importantes para los periodistas que formulan los mensajes, para quienes los reciben y también para quienes los estudian (Martínez-Costa y Herrera, 2004 y Martínez-Costa y Herrera, 2005).

Dentro de los géneros radiofónicos ocupa un lugar destacado la crónica, a la que podríamos definir como un modelo de representación de la realidad en la cual un cronista, en calidad de testigo, narra y describe un suceso desde una perspectiva individual, utilizando para ello los recursos de producción y realización característicos de la radio. Se trata de un género muy presente en la actual programación y que, sin embargo, no ha sido suficientemente estudiado. Con la idea de seguir defendiendo la autonomía de la investigación de los géneros en radio, al margen de lo que sirve para prensa, con el presente artículo queremos contribuir a mejorar la práctica de este género. En concreto, queremos sistematizar las diferentes cualidades que debería reunir un profesional a la hora de elaborar crónicas para radio.

En realidad, se trata de una tarea compleja, sobre todo porque la crónica ofrece a su autor cierta libertad, tanto para estructurar su texto como para escoger el lenguaje. Por eso, tal vez más que presentar una relación extensa de las diferentes exigencias profesionales, lo que convenga apuntar sea un equipaje mínimo que debería acompañar siempre al cronista. Y éste es precisamente el propósito de este artículo. Para centrar nuestro objeto de estudio, presentaremos primero los rasgos más típicos de este género periodístico y procederemos después a describir las diferentes cualidades que debería poseer el buen cronista de radio.

La crónica como un género radiofónico

La crónica se caracteriza por ser un texto de carácter narrativo-descriptivo, en el que los hechos aparecen matizados por el yo del cronista. Es un género de inspiración factual, que se centra en el relato y la descripción de hechos, y en el que -sin embargo- tiene cabida el punto de vista del cronista, que ha asistido como testigo al desarrollo de los acontecimientos. Dada su escasa duración, la crónica no permite profundizar con gran intensidad. En ella existe un propósito testimonial, distinto del que se percibe en aquellos relatos en los que se cuenta -sin más- lo mismo que se puede saber a través de una agencia de noticias. Su carácter personalista otorga al autor cierto margen para su libertad creativa que, no obstante, debe observar siempre los elementos más estrictamente informativos. Su contenido es descriptivo y se valora la presentación de detalles.

En lo formal, predomina la palabra frente a otros elementos del lenguaje radiofónico. Su estructura suele ser simple y se ordena en tres partes: apertura, desarrollo y cierre. Habitualmente, se articula a través del monólogo, si bien se admite su presentación mediante el diálogo. Esto ocurre en las crónicas más extensas, que contienen diferentes aspectos relativos a un mismo tema. Su estilo es oral y coloquial y su duración breve, de 60 ó 90 segundos, si bien cabe justificar duraciones mayores si se recurre al diálogo.

En cuanto a sus condiciones de producción y realización, la crónica radiofónica se transmite desde el lugar de los hechos. De esta forma, la emisión se produce siempre a distancia, a través de una conexión por teléfono o por unidad móvil. Habitualmente, es el género que más practican los reporteros, corresponsales y enviados especiales y se emite con frecuencia en directo, lo que ayuda a la construcción de un ritmo narrativo ágil y dinámico.

La crónica no tiene autonomía programática, es decir, no tiene capacidad para convertirse por sí sola en un programa. Su valor es más bien complementario. Lo más habitual es que se presente junto a otras crónicas y noticias dentro de los informativos más importantes de la emisora y en los tramos informativos de los magazines. En función del hecho o de la acción que narre, puede tener continuidad y regularidad en la emisión, lo que permite al cronista establecer cierto vínculo de familiaridad con su audiencia.

Delimitados los rasgos de la crónica, vemos que, en efecto, se trata de un género que ofrece cierto margen para la libertad estilística de quien enuncia. Dicho de otra forma: la crónica tiene nombre y apellido, es un género de autor. Como decíamos antes, esto hace complicado establecer unas exigencias profesionales para todos los cronistas. En realidad, a la hora de abordar este tema, podríamos sumar a las cualidades generales de todo periodista, las de reportero, y las específicas del cronista así como algunos rasgos diferenciales de otros perfiles como el corresponsal o el enviado especial que, como hemos visto, son los profesionales que típicamente se encargan de elaborar crónicas.

Sin embargo, esto daría lugar a una enorme relación de cualidades que, por lo ideal, dejaría fuera la labor de muchos cronistas. Al fin y al cabo, la excelencia profesional es un valor límite al que todo cronista debe aspirar pero que, en muchas ocasiones -sobre todo debido a la exigencia laboral a la que está sometido- resultará difícil de alcanzar. A los efectos de este trabajo, y sin dejar siempre de animar a los cronistas a que traten de hacer su trabajo con el máximo rigor posible, nos detendremos sólo en aquellos rasgos que definen específicamente la labor del cronista; es decir, aquellas cualidades que les resultarán más necesarias y útiles al enfrentarse a su trabajo.

En este punto, vamos a emplear la respuesta que ofrece Sánchez Sánchez a la pregunta sobre las cualidades que debe reunir un estudiante de periodismo, un buen periodista o cualquier comunicador (Sánchez Sánchez, 2000: 161-175). De entre todas las formulaciones que se han hecho en este punto hasta la fecha¹, consideramos que ésta es la propues-

1 Algunas de las clásicas son las de Schowebel, Francos Rodríguez, o Elliot recogidas y estudiadas por Iglesias (1984: 149-195). En este punto se puede incluir también la de Brajnovic (1978: 258 y ss) que completa el panorama desde una perspec-

ta más sugerente, sencilla y a la vez completa de cuantas hemos analizado. Por muchos listados que leamos de las cualidades que requiere un buen profesional de la información, creemos que el planteamiento de Sánchez Sánchez, además de estar muy bien expuesto, tiene el indudable mérito de volver a la esencia, al núcleo, al corazón y al alma de lo que, también para nosotros, es un buen periodista.

En palabras del autor, el buen comunicador no es aquél que domina unas técnicas o destrezas más o menos mecánicas sino quien es capaz de saber mirar, escuchar, pensar y expresar aquello que ha mirado, escuchado y pensado. Y añade una cualidad más:

El buen comunicador es aquel que tiene un conocimiento profundo de qué es el hombre y del mundo que le rodea. Algo que no puede resumirse en una mera cultura superficial, en el sentido más manoseado de la palabra: es verdadera cultura, no erudición (Sánchez Sánchez, 2000: 161-162).

Si estas cualidades se le exigen a cualquier comunicador, son todavía más necesarias en el caso del cronista dado que es un testigo directo que asiste en primera fila al espectáculo del mundo. Vamos a ver qué significa en la práctica cada uno de estos cinco requisitos.

Saber mirar

En el desempeño de su trabajo, es muy importante que el cronista sepa mirar, sepa acercarse al mundo con curiosidad, interés y tome conciencia de lo que son las cosas:

El que piensa que yo lo sabe todo, el que está de vuelta, no es capaz de ver nada, de escuchar nada, de pensar nada ni de contar nada que verdaderamente valga la pena. Sólo sabrá hablar de su propia suficiencia. Únicamente el que sabe pasear despacio fijándose en las cosas, en los detalles nimios, el que disfruta con la aparente nimiedad, el que lee por leer, porque sí, ése aprende aquella lección que pretendieron enseñarme en primero de periodismo: Las cosas son complejas -nos dijo

tiva deontológico. Sobre el periodista radiofónico, se puede ver Arias, 1964: 405-406, Merayo, 2000, 56-65 o Saiz, 2005: 15-20.

un profesor-, bastaría con que aprendieran eso (Sánchez Sánchez, 2000: 164).

Ésta, la de saber mirar, saber observar y saber darse cuenta es una de las cualidades en la que primero han insistido los estudiosos: la necesidad de que el cronista vaya más allá de las apariencias y de lo que se quiere mostrar (Minguijón, 1908). El cronista debe saber percatarse de lo que algo, cotidiano o extraño pueda tener de interés colectivo y de novedad “en cualquiera de sus matices de sorpresa, rareza singularidad, etc.” (Vigil, 1972: 171). A diferencia del reportero mediocre que es aquel que “sólo sabe ver lo que ya ha visto centenares de veces, en parecidas situaciones, utilizando la misma receta para describir desfiles, acontecimientos deportivos y fiestas folklóricas” (Arnheim, 1980: 130), el buen cronista es un curioso que se pregunta siempre el porqué de las cosas:

Debe ser escéptico en cuanto a los hechos supuestos mientras no se compruebe su veracidad. No tiene que admitir nada sin discusión. La curiosidad reporteril ha sido la única fuerza motivadora de muchos e importantes artículos periodísticos. Propio de ella es el eterno trabajo de inquirir todo cuanto sucede o está cerca de suceder (Porter y Luxon, 1943: 3).

En el cronista, ese saber mirar será fundamental para discernir lo que un hecho tiene de extraño, una acción de diferente y para saber intuir también el matiz que tiene una determinada declaración. Además, aunque depende mucho del tipo de crónica, en general, ese “saber mirar” estará muy condicionado a lo que previamente sepamos del tema: sólo cuando tengamos un gran conocimiento sobre un asunto podremos captar con mayor facilidad lo que algo tiene de nuevo, inédito o diferente. Por eso, sería muy deseable que ese saber mirar incluyera también un conocimiento profundo del tema del que se informe, así como una completa labor de documentación (Abril, 2003: 92-93). Estas dos tareas nos darán respuestas a preguntas sobre acontecimientos similares en otro momento o lugar y nos servirán también para llegar al fondo de todas aquellas cuestiones que guardan alguna relación con la crónica.

Saber escuchar

Además de saber mirar, el cronista debe saber escuchar y no sólo oír. Se escucha con los cinco sentidos, no sólo con el oído: prestando atención y -sobre todo- queriendo entender:

Cuando uno escucha de verdad, presta atención. Es decir, suprime cualquier otro objeto de atención que no sea la persona escuchada. Y no sólo oye su voz, sino que la ve, la toca, la huele, la saborea. Y no sólo quiere entender lo que el otro le dice, sino que quiere entender qué le quiere decir con lo que le dice (...). Saber escuchar es algo más que prestar toda la atención, algo más incluso que intentar entender qué me quiere decir, el otro con lo que me dice. Escuchar es, sobre todo, querer entender por completo, querer entenderle como el otro se entiende a sí mismo. Esto es lo que en lenguaje común llamamos 'ponerse en el lugar o en el pellejo de otro'. El que no sabe ponerse en el pellejo de otro -o de una audiencia, de un público millonario- ése no quiere escuchar (Sánchez Sánchez, 2000: 168-169).

El cronista de radio tiene que saber escuchar mucho. Por un lado, saber escuchar los datos como "portadores de sentido" (Burguet, 2004: 132), que le permitan "orientarse entre las espesuras de la actualidad y alcanzar cada día el claro donde se ilumina la jornada" (Vigil, 1972: 171). Pero sobre todo, saber escuchar a las personas como seres humanos concretos, son sentimientos, sensaciones, ideas y reacciones. Esto resulta exigible a la hora de elaborar cualquier crónica en radio pero es indispensable en aquellas cuya naturaleza resulta más o menos dramática. Según Ramón Lobo, uno de los corresponsales de guerra más destacados en España, en las coberturas sobre conflictos es muy importante atender a la información que suministran los bandos, pero sobre todo a las víctimas:

Si hablas con los afectados, tendrás historias. En cualquier conflicto o crisis, los únicos que no mienten son las víctimas. Los bandos engañan por definición. Para ser honesto y tener el marco completo, en una guerra hay que escuchar a las víctimas de los dos lados. Si hay que tomar partido, hay que hacerlo por las víctimas, con ellas no te equivocas jamás (Lobo citado en Fernández-Salido y Serrano, 2003: 269).

Y, sin necesidad de ir tan lejos, en todas las crónicas, no únicamente en las de guerra, el cronista deberá estar especialmente atento para saber escoger las fuentes directas que son las que permitirán conocer los entresijos que se suelen esconder tras los hechos y a los que no se puede llegar de otra forma (Abril, 2003: 93).

Pero además, en radio, ese saber escuchar es doble. Por un lado, como decimos, el cronista tiene que escuchar a los datos y a las personas. Por otro, dado que la naturaleza del medio es esencialmente sonora, debe hacer un esfuerzo adicional para escuchar, con el propósito de trasladar mentalmente las imágenes de lo que está presenciando, únicamente a través de sonidos:

Escribir para la radio es escribir para que la sucesión de sonidos producidos por el emisor genere ideas y realidades no sólo inteligibles para el oyente, sino también capaces de recrear imágenes con sentido. En el terreno informativo y desde el punto de vista redaccional se deberá trabajar para conseguir que esas imágenes que recrea el oyente sean lo más precisas y cercanas a la realidad de los hechos y acciones que se narran (Martínez-Costa, 2002: 98).

¿Qué significa esto en el caso concreto del cronista? Que deberá, por ejemplo, elegir la parte más relevante y significativa de unas declaraciones², esforzarse por recoger el sonido ambiente o los testimonios de los protagonistas de una información o de sus afectados y, en general, poner un empeño especial en traducir aquello que quiere decir a sonidos diegéticos, aquellos propios de la realidad y que no son incorporados de manera artificial por parte de quien enuncia.

Saber pensar

Una vez que el cronista ha mirado bien y ha escuchado con atención, se enfrenta a la tarea de pararse a pensar, que significa precisamente eso: pararse y luego, una vez parado, pensar:

Sólo el que piensa bien y con claridad es capaz de expresar algo que valga la pena y de un modo inteligible. Y si lo que dice es genuino y valioso, seguro que acertará a expresarlo bellamente. En todo caso, lo contrario es imposible: no pasarán a la historia ciertamente algunas piezas que me gusta calificar como prosa con lentejuelas, porque cuanto más brillen

2 Sobre el tratamiento radiofónico de las declaraciones se puede ver, por ejemplo, Soengas, 2003: 59-63.

esas lentejuelas mejor se advertirá que adornan la nada o un pensamiento simplemente vulgar. La fuerza, el vigor, la garra de un mensaje escrito, sonoro o audiovisual no dependen tanto de su forma como de la fuerza, el vigor o la garra del pensamiento que expresan (Sánchez Sánchez, 2000: 170).

Es decir, el cronista debe sobrevolar los acontecimientos para darnos su esencia, su significado último. El cronista -decía Martín Vivaldi (1973: 137)- “es un taumaturgo en la realidad” que sigue el propósito de informar y orientar. En ambos casos, se trata de tareas demasiado importantes como para ejecutarlas de manera autónoma sin detenerse a reflexionar sobre las causas, las consecuencias, las repercusiones y, en definitiva, su verdadero significado. En esta labor, y de una manera muy particular en determinados tipos de crónica como la de guerra o la de sucesos, el cronista debe tener calma y seguridad para evitar que la realidad de los hechos le desborde.

Ese “saber pensar” debe llevar al cronista a atribuir un sentido, a explicar el significado de lo que ha pasado. Siguiendo a Burguet, la objetividad, a la que tanto se apeló en los primeros manuales de redacción periodística³, se ha comprobado que no sólo es imposible sino que, además, resulta insuficiente. Los datos reclaman ser interpretados, para saltar de su significado “inmediato, insustancial y deficiente” a su sentido “profundo y contextual”. De esta manera, sigue el autor (2004: 129) resulta que, paradójicamente, la mejor manera de ser lo que tradicionalmente se ha querido entender por “objetivo” es no serlo y, al contrario, ser subjetivo: subjetivo y competente:

- 3 En los últimos años, la objetividad ha sido muy criticada e incluso desterrada. Se trata, se ha dicho, de un mito, de una ilusión o directamente de un engaño, que siempre se encontrará con el límite insalvable de que el periodista es un sujeto y no un objeto. En consecuencia, se ha dicho, la objetividad plena resulta imposible. Existe además un gran consenso entre los autores en que todo acto periodístico es un acto interpretativo y, por consiguiente, subjetivo (Abril, 2003: 22). Comparten este parecer la mayor parte de los estudiosos de la redacción periodística en España: Gomis, Núñez Ladeveze, Casasús, Aguinaga, Borrat, Fagoaga, Verón, Morin, etc. En consecuencia, pretender la objetividad en periodismo es un error de concepto. Sencillamente no resulta posible.

Y de esa forma, de acuerdo con su competencia contextual y textual y su legítimo punto de vista -inevitable de todas maneras- interpretar la actualidad y atribuirle *un* sentido (...) Por el contrario, la peor manera de ser ‘objetivo’ será ser ‘simplemente objetivo’, informar sólo de lo que se suele llamar información pura, datos objetivos, ceñirse sólo a los hechos objetivos que resultarán incompletos o inducirán al error por defecto o al engaño por omisión y que, en todo caso, siempre serán insatisfactorios, e incluso fraudulentos (Burguet, 2004: 129).

En consecuencia, el cronista debe tener capacidad de hacer hablar a los datos, de “descifrar el sentido oculto bajo el sentido aparente, desplegar los niveles de significación implícitos bajo la significación literal” (Ricoeur, 1969: 16-17), para ofrecer un “luminoso cuadro de conjunto” (Minguijón, 1908: 195). Para utilizar la expresión de Burguet, es necesario que los cronistas eviten la “miopía contextual” (2004: 133) e interpreten⁴ la información, destapando el sentido de la actualidad y tratando también de encontrar una explicación al por qué de las cosas (Burguet, 2004: 137). El cronista tiene además algo de especialista⁵ y, como él,

- 4 Respecto al concepto interpretación, tenemos que hacer una precisión. En la clasificación tradicional de géneros -informativos, interpretativos y de opinión- muchos autores han incluido la crónica en el grupo de los interpretativos. Sin embargo, lo cierto es que no nos sentimos cómodas con esta clasificación. En realidad, creemos que resulta confusa porque consideramos que: 1) el periodismo es un “método de interpretación sucesiva de la realidad social” (Gomis, 1989: 103) y 2) que todo acto periodístico -toda forma de lenguaje, en realidad- es un acto interpretativo (Abril, 2003: 20). En consecuencia, si en periodismo todo es interpretación, resulta muy complicado entender que haya géneros interpretativos y otros que no lo son, cuando, en realidad, ningún género -tampoco los más “informativos”- puede dejar de ser también interpretativo. Por tanto, teniendo en cuenta esta indeterminación conceptual y esta confusión terminológica, preferimos resolver el problema diciendo que el propósito primero del cronista es informar, en su acepción más básica de dar cuenta de un hecho -y al margen del uso del término que se haya hecho con la clásica división entre géneros-. No obstante, también es verdad que, dado que el cronista ha sido testigo de unos hechos, su relato no se limita sólo a dar cuenta de ellos de manera escueta o aislada -como ocurre, por ejemplo, en la noticia- sino que pretende contextualizar, aportar un mayor relieve a la información situándola en una perspectiva mayor. En este sentido podría entenderse que la misión de la crónica es primero informativa y después interpretativa.
- 5 No es el de la necesidad de interrelacionar la información el único aspecto que comparten las figuras del periodista especializado y el cronista. Junto a ella y si-

debe ser capaz de “interrelacionar las informaciones, contextualizarlas y darles un sentido en relación con la evolución de la sociedad y los cambios del destino humano” (Fontcuberta, 1993: 45).

Hoy esta necesidad es más urgente que nunca. Según Van Cuilenberg (1987: 105-121), una de las profundas contradicciones de la sociedad moderna consiste precisamente en esto: en que jamás el hombre ha contado con tanta información -se calcula que la información disponible se duplica cada cinco años- y, sin embargo, jamás estuvo peor informado; es decir, todos esos datos aislados no llegan a formar una respuesta cabal a las necesidades vitales del hombre⁶. La paradoja se explica si tenemos en cuenta que, con frecuencia, todas esas informaciones son respuestas a preguntas que nadie ha formulado y que a nadie interesan (Sánchez Sánchez, 2000: 172-173) En consecuencia, dice Kapuscinski, resulta que cuando “la tecnología hace posible la construcción de una aldea global, los medios reflejan el mundo de manera superficial y fragmentaria” (2004: 33)⁷.

Por lo demás, que el cronista sepa pensar significa también que debe tener cierta capacidad de predicción. Así lo afirma Abril cuando

guiendo la descripción que propone Berganza (2005: 75) para el periodista especializado “la desconfianza de la información que se vierte en ruedas de prensa y a través de portavoces oficiales; la formación basada en la experiencia profesional; la pasión por un periodismo vital, de acción, que busca relatar los acontecimientos de los que es testigo desconfiando de los datos que le transmiten las fuentes institucionales e interesadas; la preferencia por unos determinados géneros periodísticos (...); el enfoque humano, directo, personal y original de las informaciones; la exactitud y el rigor; el no quedarse con la descripción fragmentada del presente, adelantándose en la previsión de los acontecimientos futuros...”.

6 Kapuscinski comparte esta impresión cuando afirma: “Corremos el peligro de llegar a una situación en la cual los datos abundan pero nuestra imaginación no sepa cómo procesarlos y utilizarlos en nuestra vida práctica. Esta contradicción sintetiza el drama de nuestra cultura: acumulamos más y más datos, más y más rápidamente, pero hacerlo no nos ayuda a entender ni mejorar el mundo” (2004: 89).

7 Y, en otro momento, Kapuscinski añade: “El buen y el mal periodismo se diferencian fácilmente: en el buen periodismo, además de la descripción de un acontecimiento, tenéis también la explicación de por qué ha sucedido; en el mal periodismo, en cambio, encontramos sólo la descripción, sin ninguna conexión o referencia al contexto histórico. Encontramos el relato del mero hecho, pero no conocemos ni las causas ni los precedentes” (2002: 58).

afirma que a todo cronista -y a toda crónica- anima una vocación informativa que va más allá de ser mero testigo del suceso que se produce en ese momento y trata de “ofrecer algún viso -leves apuntes al hilo del acontecer- acerca de posibles rumbos en un futuro más o menos próximo” (Abril, 2003: 94).

Saber expresarse

Muy bien: ya hemos mirado bien, hemos escuchado con atención, nos hemos detenido a analizar las causas y adelantar las posibles consecuencias. Llega la hora de la verdad. Llega la hora de contarlo, de que el cronista transmita a sus oyentes “esa seguridad de conocer bien los hechos y su escenario, el palpito y el calor, que le proporciona una situación privilegiada de primera línea” (García Jiménez, 1999: 145). Se trata de un paso típicamente periodístico que lleva a pensar que algo hay de cierto en la afirmación de que “en el fondo, todo es forma”. Dicho de otro modo, no ganamos nada si hemos sabido mirar, escuchar y pensar con acierto si, a la hora de exponer nuestro trabajo, todo queda vertido en un texto caótico en el que ni siquiera es posible distinguir entre los datos, los antecedentes, las causas, las repercusiones, los casos similares, las reacciones, etc. Ésta es la realidad que vive el cronista. Pero también este deber de expresarse es precisamente el que le posibilita:

Expresar-se es eso: contarse, decirse, explicar las cosas a través de la propia alma (...) Quien domine los lenguajes es capaz de reconstruir las piezas de esta cultura nuestra tan rota, tan dividida, hasta conformar una imagen con sentido. Hasta configurar verdaderas respuestas a las verdaderas preguntas de los hombres (Sánchez Sánchez, 2000: 171-172).

Antes de que esto ocurra, es preciso hacer una aclaración inicial: en su relato, el cronista debe saber que es “subjetivamente imparcial” (Burguet, 2004: 129)⁸. Aunque la intencionalidad primera de la crónica es informar -de una manera muy ceñida a los hechos- esto no resulta incompatible con la necesidad de que el cronista sea “subjetivamente impar-

8 “No cabe, por tanto, ser ‘objetivamente imparcial’. Siempre se es ‘subjetivamente parcial o imparcial o indiferente’ (Burguet, 2004: 129).

cial”. En realidad, utilizamos esta expresión porque nos parece más honesta que la de “objetivamente imparcial” ya que la subjetividad es inevitable y, por tanto, no debe ser vista como un defecto al que se pueda renunciar (Burguet, 2004: 16). En el caso del cronista, dadas las particularidades del género, es necesario que no olvide su intencionalidad primera informativa y reserve su “subjetividad parcial” -legítima- para otros géneros.

Dicho de otra forma: aunque el cronista participe en el texto -en la estructura, en los verbos, en los adverbios, en el lenguaje, en los testimonios que escoja, etc.- es muy importante que entienda que él no es el protagonista, que se debe ceñir a los hechos y a los personajes. Así lo afirma el corresponsal de guerra, Ramón Lobo, cuando le preguntan si no le parece que el “yo” del cronista a veces estropea las historias:

Nunca debes estar presente en la historia; no eres el protagonista. Pero sí es necesario sentir lo que sienten los demás para escribir sobre sus sentimientos. Si los personajes que aparecen (...) no están vivos, la historia carece de valor, está vacía. Ya tienes un poder inmenso, el de construir esa historia eligiendo personajes y situaciones. Eres como un Dios. ¿Qué más poder quieres? El ‘yo’ contamina la historia (citado en Fernández-Salido y Serrano, 2003: 268).

Por su parte, el periodista de *Le Monde*, Alain Woodrow, aconseja también que, sin dejar la subjetividad que resulta inherente a toda información, el cronista tome la distancia necesaria del hecho como para comprender su significado:

Lo verificará, junto con los otros datos. Lo esclarecerá en todas sus facetas, lo colocará en su contexto (geográfico, histórico), solicitará de otras opiniones e interrogará a todos aquellos (familia, parientes, testigos, especiales) que tengan un conocimiento (con frecuencia mejor) que él del hecho o del acontecimiento. Enriquecido con todos los elementos, hará la síntesis y presentará al público una descripción tan completa e imparcial como sea posible. Consciente de que la objetividad no es de este mundo, introducirá todos los correctivos que le sea posible a los parámetros de su subjetividad. Pero tampoco se engañe: la información no es una ciencia exacta! (Woodrow, 1990: 165).

Después de justificar por qué el cronista se expresa de un modo “subjetivamente imparcial”, podemos entrar ya a considerar algunas cuestiones relativas al estilo. Una vez más, lo más importante es la claridad como “primera cualidad del lenguaje” (Azorín citado en Merayo y Pérez Álvarez, 2001: 101) y “condición primera de la prosa periodística” (Martín Vivaldi, 1973: 29). En la radio, el cronista se debe expresar aún con mayor claridad, dado el carácter irreversible del canal y la fugacidad del relato. no es sólo algo recomendable: se trata del ser o no ser de la crónica en radio. Por tanto, el cronista debe ir, como diría Azorín, “derechamente a las cosas” y cada frase periodística tiene que estar construida de tal forma que no sólo se entienda bien, sino que no se pueda entender de otra manera. Para esto, la claridad debe ser enunciativa, temática y técnica. Veamos qué recomendaciones prácticas existen en cada caso (Merayo y Pérez Álvarez, 2001: 102-125)⁹:

- a) la claridad enunciativa aconseja la frase corta, sencilla y que tienda a la estructura lógica, el verbo de acción y dinámico¹⁰, la voz activa, el modo indicativo, el uso del tiempo presente y pretérito perfecto, el empleo de la redundancia y el estilo directo basado en la apelación al oyente. Se sugiere además eliminar la perífrasis, el término vacío de significado y el elemento superfluo, la muletilla estilística, la oración subordinada y el abuso de complementos. En su locución, el cronista se deberá esforzar por vocalizar y articular todos los fonemas de cada sílaba y todas las palabras de la frase, adecuar su voz al carácter general del programa, dar sentido a lo que lee y leer con ritmo pero no a gran velocidad.

9 Este apartado se puede completar con algunas de las recomendaciones que ofrece Martínez-Costa (2002: 97-119) para la escritura, en general, de información en radio.

10 “Es siempre el verbo el que presta alas a la marcha del lenguaje. Aunque ésta es una verdad básica, de aprendiz, hoy se les ha olvidado incluso a gentes muy doctas. La manía de sustantivizar paraliza la vida de cualquier lenguaje. Parece como si uno temiera que se le perdiera algo en el fluir de las cosas y del idioma, y por eso lo fija angustiada y espasmódicamente en el sustantivo. En la información, el empleo de esta condensación lingüística del miedo es doblemente desacertado, pues los sustantivos, en especial los acabados en -ción y -dad, se atraviesan como troncos en el camino, mientras que los verbos, especialmente en la forma activa, obran, mueven y empujan hacia delante” (Dovifat, 1959: 126).

- b) la claridad temática recomienda que el cronista comprenda primero totalmente. En su expresión, se aconseja elegir la palabra sencilla, redondear cifras, traducir jergas y términos científicos, hacer comprensibles las cantidades, usar tiempos psicológicamente cercanos al presente y preferir el estilo verbal frente al nominal¹¹. El cronista debe evitar el neologismo, el extranjerismo de última hora, el tecnicismo y la sigla poco conocida.
- c) la claridad técnica se refiere a la transmisión técnica de la crónica mediante la una señal nítida y definida, y que posteriormente se reciba sin una pérdida considerable de su calidad. Esto hace que la escucha sea más eficaz ya que se realiza con el mínimo esfuerzo de interpretación, la máxima concentración informativa y los mejores estándares de calidad en el sonido.

A partir de ahí, y dado que en la crónica “se valora la dimensión estética del texto” (Abril, 2003: 22) se aprecia también el estilo del cronista, como un “modo concreto de plasmar, utilizando los recursos de una lengua históricamente determinada, unas ideas, acciones o comentarios” (Martínez Vallvey, 1996: 29)¹². En este sentido, y de manera muy condicionada al tipo de crónica que se elabore¹³, se podrían sumar aquí todos los requisitos del buen estilo periodístico que tienen que ver con la concisión y la estructura que capte la atención (Dovifat, 1959: 125-127), así como con la densidad, exactitud, precisión, sencillez, naturalidad, variedad, atracción, ritmo, color, sonoridad, detallismo (Martín Vivaldi, 1993: 29-34).

- 11 Según Núñez Ladeveze esto provoca cierta inexpresividad, un distanciamiento del sujeto narrador, de ocultamiento de la personalidad de quien enuncia. Frente a esto, “el dinamismo del relato depende de la acción verbal mientras que el carácter objetual y abstracto de los nombres provoca una impresión más estática y menos personal” (Núñez Ladeveze, 1991: 118).
- 12 En cuanto al estilo en general, Rodríguez Jiménez (1991: 113-116) señala que las características de cualquier estilo deben ser seis: sinceridad, claridad, precisión, sencillez, concisión y originalidad.
- 13 En general, la crónica en radio es más “austera” y “sobria” en el uso de figuras retóricas y literarias que lo que se observa en la crónica en prensa. En todo caso, en radio existe una gran variedad en este punto en función del tipo de crónica que consideremos en cada caso. Así, por ejemplo, por sus características, las de guerra, sociedad o deportes admiten una mayor riqueza expresiva que la que se permite en crónicas tal vez más “serias” como las de política, sucesos o tribunales.

A estos se podrían unir también la ordenación lógica, la sorpresa, el humor, la ironía, la paradoja, el ritmo, la metáfora, el sonido, el ambiente, el orden y el remate (Grijelmo, 1997: 304-341). Por el contrario, el cronista procurará huir de todo lo que tiene que ver con el mal estilo periodístico que se caracteriza por la pobreza de expresión, la vulgaridad, el abuso de verbos como realizar, haber, ser y estar, los tópicos, los sonidos disléxicos, los estiramientos, las perífrasis, el lenguaje de oficina, las continuas frases intercaladas, el verbo al final, la abundancia de adverbios en mente, las cacofonías o el abuso de siglas (Grijelmo, 1997: 341-406). Insistimos una vez más: todo debe estar subordinado a la función comunicativa de la crónica, sin olvidar que la claridad es la condición *sine qua non* de toda crónica en radio. Garantizada ésta, sería también deseable que el cronista superara imprimir a sus crónicas agilidad (Grijelmo, 1997: 103-105).

En lo que respecta a su narrativa, podría servir la imagen del cronista como buen orador, que es aquel que, aparte de conocer bien la materia, se ha preparado a conciencia, se sabe expresar, convencer y se muestra seguro (Studer, 1999: 21). En este sentido, al cronista le servirían todas las cualidades que se requieren de un buen orador¹⁴. No obstante, nos vamos a detener en dos cualidades específicas del buen orador, y también del buen cronista: la improvisación y la voz.

En efecto, -mucho más que en otros géneros-, el cronista de radio deberá ser capaz de contar las cosas mientras se están produciendo y -sobre todo- tener capacidad de improvisación, para saber expresar “sin más preparación que el conocimiento que se tenga, cualquier cosa con sentido” (Saiz, 2005: 65)¹⁵. El dominio de esta capacidad le permitirá

- 14 Esto se manifiesta en requisitos más concretos como que: habla de campos que conoce, domina la materia a sus anchas, conoce a su público o, en su caso, es capaz de hacerse rápidamente una idea sobre él, ha estructurado su discurso de forma óptima, dispone de un amplio vocabulario, se muestra estilísticamente seguro, recurre a refranes y dichos en el momento adecuado y cita de forma correcta, se muestra interesado por la materia que trata, despertando así interés en el auditorio al cual sabe motivar y atraer hacia su causa (Studer, 1999: 21).
- 15 A este respecto, suele ser útil preparar un esquema, mental o escrito, con aquellas tres o cuatro ideas clave que le ayudarán a salir con éxito de su narración o exposición improvisada. Asimismo, a la hora de improvisar, el cronista podría seguir estas pautas (Saiz, 2005: 66-67): i) afrontar la improvisación desde la buena base de conocimiento y preparación, o sea, con ese buen bagaje de saber y experiencia que

enfrentar el “miedo escénico”¹⁶ que suele acompañar a sus primeras intervenciones y evitará también la “parcialidad, la exageración, la prolijidad y la divagación” del que improvisa sin conocimiento.

Para superarlo, la buena improvisación se basa en el empeño que se ponga en los ensayos, en la escucha atenta de otros profesionales y en una buena documentación (Blanco, 2002: 102). Asimismo, Balsebre (1994: 37) recomienda no hablar de lo que no se conoce, no salirse del tema y aprender a expresarse con naturalidad y educación, mostrando una actitud relajada, de complicidad con la audiencia. El cronista deberá evitar seguir hablando cuando no es necesario, construir discursos que puedan incluir mentiras o cosas inciertas -sólo por el miedo de quedarse en blanco- o conectar demasiadas ideas con un hecho de forma que se aleje del objetivo principal de la narración.

Puesto que trabaja en radio, es preciso además que su voz sea audible, con personalidad y capaz de captar la atención del oyente:

La voz es la primera de las mediaciones humanas, la más inmediata, por cuanto es el principal elemento en la transmisión e interpretación de los mensajes orales. Como se ha explicado, el emisor radiofónico ha de saber emplear la dicción, entonación, ritmo y actitud adecuados y tener un voz cuyo timbre, intensidad y tono resulten eufónicos; si no son agrada-

se le supone al profesional, ii) tomar conciencia de que se va a improvisar, sabiendo que se va a saber hacer bien y superar el trance, iii) evitar el exceso de seguridad o confianza que puede ser malo, iv) tener cierto miedo superable o cierta tensión emocional, positiva, que no afecte pero que alerte, ya que esto puede facilitar una reacción rápida a ese imprevisto que se produce en un momento y que lleva a poner en marcha el mecanismo de la improvisación, v) utilizar una voz bien templada y segura que no muestre vacilaciones ni se aprecie dubitativa y vi) añadir una enorme capacidad de imaginación que le permitirá decir, de la mejor manera posible y del modo más comprensible para el oyente, las mejores ideas o una correcta e interesante narración de unos hechos.

16 Se denomina miedo o pánico escénico al temor a hablar o a aparecer en público. Es posible que se trate de uno de los mayores miedos del hombre, pues altera el pulso y el metabolismo en general, lo cual se puede manifestar a través de síntomas llamativos como palpitaciones, sonrojo, sudores fríos, garganta seca, agarrotamientos musculares o voz temblorosa. Para un cronista, igual que para un orador, la peor de las manifestaciones de estos miedos es la de quedarse mentalmente en blanco, lo que en inglés se llama *blackout* (Studer, 1999: 91).

bles, sí al menos deben corresponderse con el contenido que se pretende transmitir (Merayo y Pérez Álvarez, 2001: 114).

Finalmente, es importante que el cronista tenga un conocimiento del medio: de su lenguaje, de su técnica y de cuestiones específicas del estilo de la emisora que, en algunos casos, quedarán expresadas en los Libros de estilo¹⁷ y en otras tendrán más bien el carácter de leyes no escritas. Deberá conocer las peculiaridades de la realización técnica, adoptar una actitud de respeto ante el micrófono, seleccionar sonidos inteligibles con valor informativo, prescindir de aquellos que no tengan calidad técnica ni informativa y reaccionar con naturalidad y prontitud ante los errores técnicos (Martínez-Costa, 2002: 102). Pero todo esto no es suficiente: todavía falta una cualidad más.

Aprender qué es el hombre

Si antes hablábamos de que, en lo posible, las crónicas tendrían que orientarse a dar las verdaderas respuestas a las verdaderas preguntas, seguimos avanzando con Sánchez y vemos que la expresión, con toda la importancia que tiene, tampoco basta. No basta con dominar los lenguajes. De nuevo hay que dar un paso más: conocer a fondo el ser humano, puesto que éste es el objeto y el fin de sus mensajes:

Nada interesa tanto al hombre como el propio hombre (...) Sólo es capaz de entender lo genuinamente humano -y por tanto de hacerlo entender- quien se acerca siempre a las personas, no ya con respeto, sino incluso con cariño; quien procura tratar siempre a los demás, a cada hombre y a cada mujer, como fines en sí mismos y no como medios para alcanzar otros fines que siempre serán egoístas. El que procede así -el que trata a los demás como medio para sus propios fines- es un manipulador por muy dignos o elevados que sean sus propios fines. Y un manipulador es la antítesis de un buen comunicador (Sánchez Sánchez, 2000: 174)¹⁸.

17 Según Cebrián Herreros, estos no deben ser vistos como una mordaza a la libertad de expresión, sino más bien como la “plasmación de la identidad corporativa, que marca la identidad jurídica y programática de una emisora” (1994: 377).

18 En el mismo sentido, afirma Kapuscinski (2002: 38), “las malas personas no pueden ser buenos periodistas. si se es una buena persona se puede intentar compren-

Esto, que podría ser válido para cualquier periodista en general, resulta aún más útil para el cronista, sobre todo porque la naturaleza de su oficio se basa precisamente en su entendimiento con el otro. En este sentido Kapuscinski afirma que ninguna sociedad moderna podría existir sin periodistas, pero los periodistas tampoco existirían sin la sociedad:

Un periodista no puede ubicarse por encima de aquellos con quienes va a trabajar: al contrario, debe ser un par, uno más, alguien como esos otros, para poder acercarse, comprender y luego expresar sus expectativas y esperanzas (...) Conviene tener presente que trabajamos con la materia más delicada de este mundo: la gente. Con nuestras palabras, con lo que escribimos sobre ellos, podemos destruirles la vida. Nuestra profesión nos lleva por un día, o acaso por cinco horas, a un lugar que después de trabajar dejamos. Seguramente nosotros nunca regresaremos allí, pero la gente que nos ayudó se quedará, y sus vecinos leerán lo que hemos escrito sobre ellos. Si lo que escribimos pone en peligro a esas personas, tal vez ya no puedan vivir más en su lugar, y quién sabe si habrá otro sitio adonde puedan ir (Kapuscinski, 2004: 16-17)¹⁹.

Este aproximarse al ser humano tiene consecuencias concretas sobre todo en el caso del corresponsal en el extranjero, uno de los actores que, como tuvimos ocasión de ver, más se suele encargar de elaborar crónicas. A juicio de Soengas, es necesario que conozca bien el idioma y la geografía del país, así como las características sociales y culturales de la zona en la que trabaja:

Estas premisas son imprescindibles para hacer una interpretación adecuada de los datos que utilizan, para elaborar

der a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Y convertirse, inmediatamente, desde el primer momento, en parte de su destino (...) Mediante la empatía, se puede comprender el carácter propio del interlocutor y compartir de forma natural y sincera el destino y los problemas de los demás”.

19 La necesidad de que el cronista sienta respeto por las personas se presenta de un modo particular en la crónica de tribunales por lo que éste nunca deberá olvidar que detrás de los enjuiciados hay familias dañadas y sensibles: “el periodista debe medir con sumo cuidado qué palabras utiliza y sobre todo su calidad humana, siendo en todo momento sensible y respetuoso en sus informaciones” (Seijas, 2004: 347).

la información correctamente y para transmitir a la audiencia una imagen real del país en el que ejercen su profesión, en lugar de difundir una realidad falseada por los tópicos. Las características folclóricas, normalmente, son las primeras impresiones que se reciben, pero no siempre porque no se corresponden con la auténtica realidad. Como en el caso de los corresponsales nacionales, también son profesionales versátiles y necesitan dominar todos los registros de la profesión, ya que tendrán que tratar temáticas muy diversas (Soengas, 2003: 120).

Finalmente, podríamos completar lo relativo a esta cualidad, con una mención al interés humano, que se valora mucho en crónicas como las de guerra y sucesos. Para entender su importancia resulta útil la metáfora de la gente como el “verdadero termómetro de un lugar” (Ramoneada, citado en Sanjuán, 2002: 10). Según Cantavella, es muy recomendable que la crónica tenga interés humano ya que los hechos fríos desconciertan más que aproximan. Así, siempre que se pueda hay que contar lo sucedido a través de detalles que lo hagan más próximo y comprensible porque es la manera de que el oyente “se identifique con quienes están viviendo un acontecimiento grato o ingrato” (Cantavella, 2004: 397-398). Es posible que este interés humano resulte irrelevante en términos estrictamente informativos pero aproxima al oyente al suceso y a sus protagonistas. Una vez más, la objetividad resulta insuficiente también para estos fines:

Siento que esta teoría llamada de la objetividad es totalmente falsa y produce textos fríos, muertos, que no convencen a nadie. Yo soy partidario de escribir con pasión. Cuanta más emoción, mejor para el lector. No tengo dudas sobre esto: los mejores textos periodísticos han sido escritos con pasión, transmiten que uno está verdaderamente vinculado y metido en el asunto del cual escribe. La emoción da fuerza al texto (Kapuscinski, 2004: 88).

Es obvio que el cronista no deberá emplear esta presunta emoción como coartada para justificar un tremendismo sensacionalista más o menos fácil. En sus relatos, procurará más bien retratar la esencia humana que, al fin y al cabo, es lo que todos tenemos en común y lo que convierte a algunas crónicas en textos universales.

Conclusión

En definitiva, las de saber mirar, escuchar, pensar, expresarse y aprender qué es el hombre son las principales cualidades que requiere el cronista en radio a la hora de acometer su trabajo. También en este caso se trata de cualidades que el cronista va incrementando conforme avanza en su trayectoria y desempeño profesional. Pero nunca está demás tratar de sistematizarlas y volver a reflexionar sobre ellas.

Referencias

- Abril, Natividad (2003). **Información interpretativa en prensa**, Madrid, Síntesis.
- Arias, Aníbal (1964). **Radiofonismo. Conceptos para una radiodifusión española**, Madrid, A. Vasallo, 2ª edición.
- Arnheim, Rudolf (1980). **Estética radiofónica**, Barcelona, Gustavo Gili.
- Balsebre, Armand (1994). **El lenguaje radiofónico**, Salamanca, Cátedra.
- Berganza, María Rosa (2005). **Periodismo especializado**, Pamplona, Ediciones Internacionales Universitarias.
- Blanco, Josep María (2002). **Las retransmisiones deportivas. Técnicas de narración radiofónica**, Barcelona, CIMS.
- Brajnovic, Luka (1978). **Deontología periodística**, Pamplona, Eunsa, Pamplona, 2ª edición.
- Burguet, Francesc (2004). **Les trapes des periodistes**, Barcelona, Edicions 62.
- Cantavella, Juan (2004). La crónica en el periodismo: explicación de hechos actuales. En Cantavella, Juan y Serrano, José Francisco (coords.) **Redacción para periodistas: informar e interpretar**, (pp. 395-418) Barcelona, Ariel.
- Cebrián Herreros, Mariano (1983). **La mediación técnica de la información radiofónica**, Barcelona, Mitre.
- Cebrián Herreros, Mariano (1994). **Información radiofónica. Mediación técnica, tratamiento y programación**, Madrid, Síntesis.
- Dovifat, Emile (1959). **Periodismo, Tomo I**, México, UTEHA.
- Fernández-salido, Alberto y Serrano, Carlos (2003). **Copiar y pegar**, Salamanca, Libros libres.
- Fontcuberta, Mar de (1993). **La noticia. Pistas para percibir el mundo**, Barcelona, Paidós.

- García Jiménez, Jesús (1999). **Información audiovisual. Los géneros**, Madrid, Paraninfo.
- González Conde, María Julia (2001). **Comunicación radiofónica. De la radio a la universidad**, Madrid, Editorial Universitas.
- Grijelmo, Álex (1997). **El estilo del periodista**, Madrid, Grupo Santillana de Ediciones.
- Iglesias, Francisco (1984). **Ciencias de la Información. Guía de los estudios universitarios. Periodismo, ciencias de la imagen visual y auditiva, publicidad y relaciones públicas**, Pamplona, Eunsa.
- Kapuscinski, Ryszard (2002). **Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo**, Barcelona, Anagrama.
- Kapuscinski, Ryszard (2004). **Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)**, México, FCE.
- Martín Vivaldi, Gonzalo (1973). **Géneros periodísticos**, Madrid, Paraninfo.
- Martínez Albertos, José Luis (1998). Los géneros periodísticos en los medios de comunicación impresos, ¿ocaso o vigencia?, **Comunicación y estudios universitarios**, 8, 67-78.
- Martínez Vallvey, Fernando (1996). **Herramientas periodísticas**, Salamanca, Librería Cervantes.
- Martínez-Costa, María del Pilar y Herrera, Susana (2004). Los géneros radiofónicos en la teoría de la redacción periodística en España. Luces y sombras de los estudios realizados hasta la actualidad, **Comunicación y sociedad**, XVII, 1, 115-143.
- Martínez-Costa, María del Pilar y Herrera, Susana (2005). Qué son los géneros radiofónicos y por qué deberían importarnos, **Global Media Journal en español**, disponible en: http://gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo_7.html
- Martínez-Costa, María del Pilar (2002). El proceso de escritura de la información radiofónica. En Martínez-Costa, María del Pilar (coord.) **Información radiofónica. Cómo contar noticias en la radio hoy**, (pp. 97-119) Barcelona, Ariel comunicación.
- Merayo, Arturo, y Pérez Álvarez, Carmen (2001). **La magia radiofónica de las palabras. Aproximación a la lingüística en el mensaje de la radio**, Salamanca, Librería Cervantes.
- Merayo, Arturo (2000). **Para entender la radio**, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2ª edición.
- Minguijón, Salvador (1908). **Las luchas del periodismo**, Zaragoza, Tipografía Salas.

- Núñez Ladeveze, Luis (1991). El estilo en periodismo. En: Casasús, Josep María y Núñez Ladeveze, Luis, **Estilo y géneros periodísticos** (pp. 101-139) Barcelona, Ariel.
- Porter, P.W. y Luzón, N.N. (1943). **Manual de periodismo. El reportero y las noticias**, Habana, Cultural.
- Ricoeur, Paul (1969). **Le conflit des interprétations. Essais d'herméneutique**, París, Éditions du Seuil.
- Rodríguez Jiménez, Vicente (1991). **Manual de redacción**, Madrid, Paraninfo.
- Saiz, Jesús (2005). **Periodismo de radio. De los estudios al ciberespacio**, Valencia, Servicio de Publicaciones de la Universidad Cardenal Herrera.
- Sánchez Sánchez, José Francisco (2000). **Vagón-bar**, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias.
- Sanjuán, Eduard (2002). **Detrás de la cámara. Crónicas personales en tiempos de guerra**, Pamplona, Salvat.
- Seijas, Leopoldo (2004). La información de tribunales. En Fernández del Moral, Javier (coord.), **Periodismo especializado**, Barcelona, Ariel comunicación.
- Soengas, Xosé (2003). **Informativos radiofónicos**, Madrid, Cátedra.
- Studer, Jürg (1999). **Oratoria. El arte de hablar, disertar, convencer**, Madrid, Editorial El Drac.
- Van Cuilenberg, J. (1987). The Information Society: Some Trends and Implications, **European Journal of Communication**, 2, 105-121.
- Vigil, Manuel (1972). **El oficio de periodista. Noticia, información, crónica**, Barcelona, Dopesa.
- Woodrow, Alain (1990). **Information Manipulation**, París, Éditions du Félin.